

Borges y María Esther Vázquez

Harold Alvarado Tenorio

Luego de la muerte de Borges el 26 de abril de 1986 un creciente número de académicos y admiradores del escritor han creado centros e instituciones para la elucidación de su obra y en especial de su vida.

Fue Borges uno de los pocos escritores que habiendo vivido más de ochenta años y gozado de un enorme prestigio no autorizara a fomentar la redacción de biografías. Prefirió guardar bajo una enorme llave su vida personal y sólo la tozudez de Emir Rodríguez Monegal pudo sortear esa dificultad para redactar una *Literary Biography* que publicada primero en inglés, vino a conocerse en español unos diez años después de publicada aquella. Emir Rodríguez Monegal parece haber muerto sin haber visto la traducción que editó el Fondo de Cultura de México donde se hicieron algunas enmiendas y correcciones.

Después del libro de E.R.M. Estela Canto puso en circulación un *Borges a contraluz* donde destapó detalles de su relación "íntima" con Borges durante los ocho años que parece duró ese contrariado amor, donde ella siempre fue la elusiva Beatriz Viterbo o Portinari que aparece en *El Aleph* o en la *Comedia del Dante*. A Canto dedicó Borges su famoso cuento y a ella obsequió el manuscrito, que luego vendería a una casa de subastas de Londres con la anuencia de Borges. El libro de Canto se ocupa de explicar la timidez cotidiana y sexual de Borges a través de los conflictos sociales de clase en Argentina desde la caída de Irogoyen hasta la llegada al poder del Macho y su Hembra, Juan Domingo Perón y Eva Duarte. Canto, quien fue siempre una *argentá*, no encontró en Borges sino un rostro del amor que buscaba: la fama y la erudición del pretendiente, pero no le gustaban para nada los besos de Borges, ni sus manos, ni sus pies, aún cuando nada dice de otras partes de aquel cuerpo, que parece haber conocido a plenitud.

Esta año han aparecido la que hizo Horacio Salas para Planeta de Argentina, una que no ha llegado hasta nosotros escrita por Marcos Ricardo Barnatán, que ya se había ocupado en parte de la vida de Borges en un cuadernillo de una colección de vidas memorables que nada agregó en su momento, pero que ahora, según dicen los infor-

mes de prensa, parece ser una de las más complejas y completas y la que acaba de llegar a Colombia, de María Esther Vázquez, *Borges, esplendor y derrota*, que ganara el Premio Comillas de Biografía el año pasado.

De las cinco, y sin conocer la de Barnatán, sigue siendo la de Rodríguez Monegal la más interesante y mejor elaborada, pues fue redactada con la ayuda de Borges y a pesar de que no ilumina muchos momentos de la vida íntima del escritor, no dejó resquicio literario biográfico sin tocar y seguirá siendo por muchos años un modelo de trabajo académico y literario. Rodríguez Monegal escribió biografías sustanciosas sobre Neruda y Bello, estas dos, tampoco superadas aún. La de Salas es un recuento con materiales de segunda sobre la obra de Borges más que sobre su vida y no sirve de mucho para los no iniciados. Voy a ocuparme de la que ha hecho María Esther Vázquez, informando de paso sobre la relación entre biógrafo y biografiado, usando de chismes que he tenido ocasión de recoger a lo largo de varios años y que Vázquez, con excepción de una o dos anotaciones, no desmiente del todo.

Borges, esplendor y derrota es una memoria dolorosa de la vida de Borges, de boca de una de las personas que parece haberlo amado bien y quien, durante los últimos cuarenta años de la vida del escritor, siempre estuvo a su lado, fueran esos momentos de felicidad o de tristeza. María Esther Vázquez conoció a Borges en 1957, cuando era estudiante de literatura en la Universidad de Buenos Aires y luego volvió a encontrarse con él, al menos eso parece, en la Biblioteca Nacional, en el momento en que Borges fue nombrado su director. Vázquez colaboró durante años en la programación de eventos culturales y redactó no uno sino varios escritos con los cuales, en esos años, Borges y la propia Vázquez trataron de convencer al mundo y a la Academia Sueca, en especial al académico Lundkvist (a quien Borges había despreciado como poeta en una visita a la capital sueca en 1964), de ser uno de los pocos autores que en el mundo conocía y se interesaba por las literaturas antiguas de ese alejado lugar del mundo. Luego Vázquez recopiló esas supuestas entrevistas (sin duda planeadas y ejecutadas más por Borges que por la bella porteña) donde el ya memorable Homero argentino habla de todo lo divino y lo humano, eso sí, en relación exclusiva con las literaturas de

Europa. En ese *Borges, imágenes, memorias y diálogos*, está el Borges europeo que tanto detestaron los argentinos de los años setentas y que sin duda pasará pronto a ser parte del olvido.

En 1964 la librería Falbo de Buenos Aires publicó un volumen en colaboración titulado *Literaturas Germánicas Medievales*. La edición fue de unos mil ejemplares y según todos los indicios la pagó Borges de su propio bolsillo. Es una pobre edición en papel periódico y en octavo de un libro que había aparecido como escrito con otra joven de entonces, Cecilia Ingenieros, una de las hijas de José Ingenieros, pero publicado en la colección de brevarios del Fondo de Cultura Económica de México. En las solapas de libro de Falbo hay sendas fotos de Borges y Vázquez. El tiene 65 cumplidos y ella delata no más de 25. En esa foto María Esther mira hacia abajo, quizás a un libro, y su rostro está lleno de luz merced a una sonrisa divina. En *Borges, esplendor y derrota* se incluye otra foto del mismo día, de la presentación de las *Literaturas*. Ella firma un ejemplar y Borges la mira sonriente y feliz, una felicidad del tamaño de una gran esperanza.

La publicación de *Literaturas Germánicas Medievales* es una de las grandes jugadas de amor de Borges. A pesar de las variaciones introducidas en algunos de los textos, en el prólogo y la traducción de varios poemas, la diferencia entre éste y las *Antiguas literaturas germánicas* es ninguna, excepto las muchachas con quien dice haberlos redactado. Borges sin duda estaba enamorado de esa bellísima e inteligente muchacha que lo quería toda la vida y a quien en cierto momento quiso desposar, evento que no se llevó a cabo por causas reales que aún no conocemos. Según María Esther, ella se dio cuenta que Borges no era el "hombre de su vida" y por eso no quiso casarse con él.

Tengo la impresión de que sin la crueldad pero sin dejar de hundir el estilete femenino de la desposesión, María Esther Vázquez es en este libro triste y doloroso una suerte de Simóná sartreana. La imagen final que nos ofrece de Borges es la de un hombre totalmente desamparado y abandonado en el mundo, donde se sostiene merced a los despojos de amor que le ofrecen las muchachas y mujeres que le fue ofreciendo el destino. Borges habría sido, según Vázquez, y de seguro lo fue, un hombre solo, "que se enamoraba cada dos o tres años", que por las tardes,

la Prensa
domingo 21 abril 1996

después del té, sentando en un sillón recitando por horas versos que le dictaba la memoria esperaba la llegada de alguien con quien conversar o hablaba con un gato llamado Beppo, que no podía responder a sus preguntas.

El Borges de María Esther es el ser más solo del mundo. Y si durante la niñez fue su hermana quien dirigió sus pasos y sus juegos juveniles y luego en la juventud y madurez fue Madre (doña Leonor Acevedo de Borges vivió más de noventa años), tras la muerte de la madre tutelar el viejo aedo cayó en manos de una aventura oriental que le convirtió en objeto de comercio hasta hacer de él la mejor inversión de su vida.

Sin embargo, entre líneas uno puede descubrir en el libro de Vázquez que si como todos los hombres, del nacimiento a la muerte estamos solos, Borges pudo, más allá de la ceguera establecer una relación con el cosmos a través de las únicas varas de magia posibles: las féminas, siempre pérfidas y metalizadas, siempre dominantes y crueles. Que fue un mujerismo empedernido queda comprobado en este libro, y que además pudo hacerles sentir algo de felicidad también es posible deducirlo. Si no, a qué viene el recuento de ese mediodía de diciembre de 1964 cuando Victoria Ocampo, por un equívoco causado por la ceguera de Borges, lo vio desnudo como vino al mundo y exclamó: "Había estado bien provisto, che".

"Detrás de ese anciano febril, conocedor de literaturas y de lenguas, dueño de una erudición sólo comparable a su memoria prodigiosa, burlón con quienes lo atacaban, duro y hasta cruel con quienes menospreciaba -dice al final de su libro María Esther Vázquez- se ocultaba un adolescente romántico, temeroso, encendido de pasión, que temblaba ante el contacto de la mano querida. Pero al mismo tiempo, era el hombre que se avergonzaba de las necesidades de su cuerpo, odiaba su cuerpo, desdénaba la carnalidad, se despreciaba por los oscuros deseos que le encendían la sangre. Era el hombre que en los años treinta y hasta ya avanzados los cuarenta, se acostaba vestido para ignorar el contacto de su propia piel. En esa época, cuando encontró el definitivo camino de la literatura, se sentía al mismo tiempo desgraciado: padecía de insomnio y de terribles dolores de muelas y en la larga noche no podía dejar de pensar en la lenta corrupción de su carne, en las caries que silenciosamente minaban sus dientes, en el cuerpo obeso y pesado que arrastraba y ahorrecía".